

Desde Darwin

Eduardo Wolovelsky

En 1871 con la publicación de *El origen del hombre y la selección en relación al sexo*, Charles Darwin completaba el giro que había iniciado doce años antes en una obra excepcional que en su extenso título, *El origen de las especies mediante la selección natural o la conservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida*, anunciaba una perspectiva revolucionaria con relación al origen de las formas vivas. Un siglo y medio más tarde los argumentos expuestos en aquel libro siguen provocando intensos debates. Ocurre que en *El origen de las especies*, donde se desarrolla una bien fundamentada teoría para explicar la adaptación y las causas de la diversificación de los seres vivos, Darwin puso en juego una visión del mundo que cuestionaba creencias religiosas firmemente arraigadas por milenios.

Cuando Charles Darwin era un joven de veintidós años y aun no podía adivinar las contingencias y las decisiones, propias y ajenas, que lo llevarían a ser uno de los grandes naturalistas del siglo XIX, lo sorprendió el ofrecimiento del Profesor Henslow para embarcarse en el buque hidrográfico H.M.S. *Beagle* al mando del Capitán Robert Fitz Roy y cuya misión era "Completar el reconocimiento de Patagonia y Tierra del Fuego (...) hacer un estudio de las costas de Chile, Perú y algunas islas del Pacífico (...)". Más tarde reconocería que el viaje del *Beagle* fue el suceso más importante de su vida y el que determinó toda su carrera. De esta aventura dejó testimonio en su libro *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*. Entre otros hechos relevantes relata allí su impresión en Brasil por la venta de esclavos, lo que derivó en aquel momento en una ardua discusión con el capitán Fitz Roy quien con un paradójico sentido de la piedad defendía este hecho. Con posterioridad Darwin asumiría un compromiso activo en contra de esta brutal práctica.

Sobre Buenos Aires dijo: "La ciudad (...) es grande y a mi juicio una de las de trazado más regular que hay en el mundo". La vida del gaucho, los yaganes de Tierra del Fuego y los paisajes de la Patagonia dejaron en él una vívida impresión. También lo hizo Juan Manuel de Rosas sobre quien escribió: "es un hombre de extraordinario carácter y ejerce en el país avasalladora influencia, que parece probable ha de emplear en favorecer la prosperidad y adelanto del mismo". Sobre esta afirmación, años más tarde, Darwin aclaró que: "Esta profecía ha resultado una completa y lastimosa equivocación".

En estas tierras, además, encontró restos fósiles de megaterios y toxodontes, entre otros mamíferos extintos, que lo sorprenderían por su semejanza con formas modernas y que resultaron ser un buen ejemplo del parentesco evolutivo entre los seres vivos.

Tras el regreso del *Beagle*, luego de una travesía de cinco años, Darwin se asentó en Londres. En 1837 estableció los primeros esbozos de sus ideas sobre la descendencia con modificación, que es como llamaba a lo que hoy conocemos con el nombre de evolución. Poco después se casaría con su prima Emma Wedgwood y se trasladaría a Down House. Aquellos primeros bosquejos cambiarían para convertirse veinte años más tarde en esa obra única que es *El origen de las especies*. El 24 de noviembre de 1859 el libro salió a la venta y la edición se agotó aquel mismo día. Meses después, El 30 de junio de 1860 en el Museo d Historia Natural de la Universidad de Oxford se dio el primer gran debate público sobre las ideas de Darwin. La sala estaba llena y la intensidad de las exposiciones fue tal, la del obispo Samuel Wilberforce y la del "bulldog de Darwin" — apodo para Thomas H. Huxley—, que aun hoy resuenan en cada una de las disputas sobre la enseñanza de la evolución en las escuelas. ¿Por qué el darwinismo

sigue siendo el eje de una apasionada preocupación por parte de importantes sectores sociales que incluso llegan a proponer su censura?

Llegados a este punto es importante una breve aclaración que evitará confusiones o interpretaciones malintencionadas. Desde una perspectiva racional no hay duda alguna acerca del hecho evolutivo como un suceso característico de la historia de la vida en la Tierra. Es además un fenómeno presente en nuestro mundo contemporáneo (valga como ejemplo un hecho preocupante para los médicos como es la selección de variedades bacterianas resistentes a los antibióticos). Tampoco es posible dejar de reconocer la selección natural como uno de los principales mecanismos que explican el hecho evolutivo. Aclarado esto podemos volver al eje central referido al giro propuesto por el darwinismo en relación con el lugar del hombre en la naturaleza. Sin duda la obra darwiniana devolvió al ser humano su animalidad y lo obligó a plantearse una pregunta problemática ¿Es él mismo sólo un animal más o hay algo que lo hace significativamente diferente, como habían intuido los anónimos autores de los relatos míticos del Génesis y de Prometeo? ¿Es acaso el hombre sólo el tercer Chimpancé o el quinto simio? Genéticamente podrá serlo, pero desde una perspectiva social y ecológica ¿lo es? Para aproximar una respuesta es interesante prestarle atención a la fisonomía del planeta y ver hasta donde ha sido moldeada con declarada intención por una única y excepcional especie: el *Homo sapiens*. Pero además podríamos reflexionar sobre el drama existencial de los seres humanos ¿No abre una brecha profunda, incluso con el chimpancé, la conciencia que el hombre tiene del dolor, el placer y la finitud de la vida? En estas preguntas emerge el punto más polémico y conflictivo de la perspectiva abierta por el trabajo de Charles Darwin.

A partir del núcleo central del darwinismo podemos comprender aspectos relevantes de nuestro origen y reflexionar sobre lo que ello significa para nuestra condición. Desde esta perspectiva, los seres humanos como cualquier otra forma viva no portamos ninguna finalidad trascendente en nuestro ser. Nuestro origen se debe a las contingencias y azares de la historia de la vida sobre el planeta. Somos un accidente en el universo. Esta inevitable conclusión puede parecer desesperanzadora, y en cierta manera lo es, dado que el nuestro sería un mundo sin sentido. Sin embargo esta ausencia de finalidad abre una posibilidad única para el ejercicio de la libertad humana, porque ésta sólo es posible en un universo donde hay un cierto grado de indeterminación e incertidumbre, lo que sería imposible con una finalidad inscripta a priori. La opción básica se refiere entonces y desde las consideraciones hechas hasta aquí entre el deseo de certeza o el goce (y el dolor) de la libertad.

Pero hay otra cuestión que ha resultado extremadamente conflictiva porque, más allá de las intenciones del propio Darwin, ciertas interpretaciones ilegítimas del darwinismo iban a abrir una especie de caja de Pandora al posibilitar la naturalización de todo acto humano, esto es fundamentarlo como un hecho determinado por la historia natural y no como producto de una decisión ética voluntaria. El darwinismo social del siglo XIX, que pretendió justificar la pobreza y el dominio imperial como inevitables consecuencias de la supervivencia del más apto en la lucha por la existencia, la eugenesia — la práctica del mejoramiento genético en seres humanos — de la primera mitad del siglo XX que llevo primero a la esterilización de miles de personas y más tarde al asesinato de millones, o ciertas interpretaciones derivadas de la sociobiología promotora de algunos arraigados prejuicios sociales, son ejemplos dramáticos de ello.

La teoría darwiniana de la evolución es uno de los grandes logros intelectuales del siglo XIX que se extiende hasta el presente, siendo pilar fundamental del desarrollo de la biología moderna. Su comprensión pública es un derecho y me animaría a decir una necesidad porque es imprescindible, a la luz de la historia reciente y lo aquí descripto, valorar su potencia explicativa y reconocer algunas falaces extrapolaciones.

Charles Darwin tuvo la extraña fortuna de encontrar un gran maestro como John Stevens Henslow y amigos como el botánico Joseph Dalton Hooker, el zoólogo y anatomista Thomas Henry Huxley y el geólogo Charles Lyell. Su vida plasmada en su autobiografía, en sus cartas, en numerosos libros y en una excelente serie televisiva de la BBC, grabada en 1978 y emitida en la televisión Argentina en el ciclo *La aventura del hombre*, es una mezcla de esperanzas y desazones, de compromisos y responsabilidad frente a las ideas que se enuncian, es una pintura sobre la belleza de lo desconocido que acompaña al viajero en su travesía. Puede ser para muchos inspiración y motivación vocacional. Es una herencia única de textos bellamente escritos. Es en definitiva parte fundamental de nuestra historia. Alfred Russel Wallace, quien de manera

independiente enunció en 1858 ideas muy similares a las de Darwin dijo sobre el gran naturalista del *Beagle*: "Toda mi vida he sentido y aun siento la satisfacción más sincera porque Mr. Darwin haya trabajado mucho antes que yo y que no quedara para mí el intento de escribir *El origen de las especies*. (...) Hombres más fuertes que yo podrían confesar que no poseen esa incansable paciencia para acumular y (...) utilizar grandes conjuntos de hechos (...) — y ese maravilloso estilo de redacción, al tiempo claro, persuasivo y juicioso —, cualidades cuya armoniosa combinación señalan a Mr. Darwin como el hombre más adecuado, quizá entre los vivientes, para la gran obra que ha proyectado y concluido".

Buenos Aires, septiembre de 2009